

El juego de los nombres: la impunidad como “sociedad civil”

El Ciudadano · 4 de mayo de 2024



Esta semana inicia, como es ya costumbre en los últimos tiempos, con un **nuevo escándalo de corrupción**. Y una vez más, la **protagonista** es, ni más ni menos, alguien que se asume, no solo luchaba en contra de la corrupción, sino que incluso había hecho de esta labor su **actividad profesional principal**, y podría decirse, incluso, su forma de vida pública: **María Amparo Casar**, presidenta de la **Asociación Civil “Mexicanos contra la Corrupción y la Impunidad”**, que, de acuerdo a los dichos del **Presidente**, cobró de manera indebida, más de treinta millones de pesos por el seguro de vida y una pensión vitalicia producto de la muerte de su exesposo, **Carlos Márquez Padilla**.

Te recomendamos: 25 de abril: Fascismo nunca más (en Portugal, sí, pero tampoco en México)

El que esto haya salido a la luz, es visto por algunos como un **uso del poder público en contra de una ciudadana**. Para más, nos mencionan, se trata de una ciudadana que es parte de la llamada “**sociedad civil**”, lo que, de alguna manera, parece querer decir que se trata de una “**verdadera ciudadana**”, alguien que merece una especial atención, al contrario del resto de nosotros. Ciudadanos, quizá, pero a lo sumo parte de la **sociedad natural, incivil, como que se entiende en el fondo de lo que nos dicen**.

El concepto “**sociedad civil**” tiene raíces muy antiguas. Equivalentes pueden ser encontrados, fácilmente, en todos los **pensadores políticos clásicos**, desde Aristóteles, en la antigüedad, hasta los ilustrados modernos; su uso, sin embargo, en este caso, hace referencia a aquellas **personas que buscan activamente participar en la vida pública de la sociedad de forma organizada**, pero no directamente dentro del aparato estatal.

Es una distinción importante: en la antigüedad, no se pensaba en la posibilidad de que alguien pudiera **no participar en la vida pública**. Pero nosotros, que elegimos **representantes**, pensamos que votar es suficiente, y que nuestras otras actividades son en realidad personales, familiares o incluso sociales, pero no políticas. A pesar de ello, **algunas personas**, se nos dice, **quieren activamente participar más en la vida pública**. Pero no dentro del gobierno, sino a través de formas ciudadanas que sirvan de límite al poder estatal. A estos grupos, se les llama “**sociedad civil**”, organizada, para más, no como nosotros, que parece, estamos “desorganizados”.

En esta distinción se encuentra el centro de la **construcción ideológica de la llamada sociedad civil**. **Históricamente** -incluso de forma conceptual- no toda forma de organización para cuestiones políticas, ha sido entendida así. **Comunidades luchando por su territorio**, por ejemplo; amas de casa buscando que pavimenten su calle; **comerciantes que se organizan para limpiar su colonia** o ancianos que intentan cambiar algo en el centro de cuidados al que asisten, no entran fácilmente en la categoría, **pues no se trata de personas o grupos** que pudieran, si lo desearan al menos, acceder al poder estatal y sus formas, sino de excluidos.

Al presentar a **María Amparo Casar como una ciudadana que está recibiendo un ataque** del poder gubernamental porque “es parte de la sociedad civil”, **se nos presenta un truco retórico**. Cuando su exesposo murió, la doctora Casar **era una funcionaria de primer nivel del Gobierno Federal**, trabajando directamente con políticos electos de **Acción Nacional**, a quienes ha apoyado de forma activa en cada oportunidad, laboral o personal que ha tenido. Es decir, se trata de una **política profesional** que se ha autodenominado a sí misma “parte de la sociedad civil” porque en este momento está fuera de la **nómina gubernamental directa**.

Resulta muy fácil asumirse a uno mismo como alguien más allá de todo posible **escrutinio**, y resulta todavía más fácil hacerlo, cuando insistimos en cambiar de nombre a lo que hacemos. Pero el resto de nosotros, que no tenemos un interés directo en el asunto, debemos preguntarnos: **¿un acto deja de ser corrupto porque la persona que lo hace se autodenomine a sí misma como “ciudadana”?** ¿lo “malo” solo puede ser realizado por quienes no piensan como yo?, **¿quién tiene derecho a poner y usar esas etiquetas?** El problema es que estas preguntas nos llevan a cuestionar la existencia misma de esos grupos y eso implicaría ver la necesidad de luchar y organizarnos en esos espacios. Por ello, para muchos es más fácil fingir que creen en el truco del cambio de nombres, antes que intentar combatir verdaderamente nuestros problemas.

Recuerda suscribirte a nuestro boletín

➡  <https://bit.ly/3tgVlSo>

💬 <https://t.me/ciudadanomx>

 elciudadano.com

Fuente: El Ciudadano